

Discurso
En una reunión de trabajadores militares en Ekaterimburgo, sobre la cuestión del sistema de milicias
León Trotsky
17 de febrero de 1921

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Speech. At a Meeting of Military Workers in Yekaterinburg, on the Question of the Militia System, February](#)”, en [Trotsky Internet Archive](#) (consultado el 7 de abril de 2024). Discurso en una reunión de trabajadores militares en Ekaterimburgo, sobre la cuestión del sistema de milicias, 17 de febrero de 1921. La decisión de pasar al sistema de milicias fue tomada por el IX Congreso del PCR (b), pero no se llevó a efecto porque en la primavera de 1920 comenzó la guerra con Polonia, y la liquidación del frente sur no se completó hasta finales de 1920. La cuestión del sistema de milicias volvió a plantearse en el X Congreso del Partido Comunista Ruso (bolchevique). Se inició un debate sobre esta cuestión en el que participaron algunos destacados trabajadores del partido (los camaradas Smilgá, Frunze, Tujachevsky y otros), que presentaron tesis sobre el sistema de milicias. El X Congreso del partido, que se celebró durante los sucesos de Kronstadt, reconoció que el paso al sistema de milicias dependía enteramente de la situación internacional e interna: de la duración del respiro, de las relaciones entre la ciudad y el campo, etc. Señaló también que la agitación de ciertos camaradas a favor de la disolución del Ejército Rojo existente y del paso inmediato al sistema de milicias era incorrecta y peligrosa en aquel momento. El congreso consideró que las formaciones de milicias especiales sólo podían constituirse en aquellas zonas que tuvieran las poblaciones proletarias más firmemente unidas (Petrogrado, Moscú, los Urales). El discurso de la reunión de Ekaterimburgo aquí publicado pertenece al período de la discusión precongresual.)

Camaradas, se han tocado aquí muchas cuestiones, tanto en el informe como en el debate sobre el sistema de milicias: cuestiones de importancia desde el punto de vista de los principios generales, cuestiones prácticas, e incluso departamentales, organizativas. No diré nada sobre las cuestiones de principios. Me referiré únicamente a un factor que me gustaría mencionar.

Considero que esta cuestión del sistema de milicias apenas se presta hoy a una reconsideración general. Las decisiones al respecto han sido adoptadas tanto por el Congreso de los Sóviets como por el partido. Sólo debo decir que el camarada ponente, al describir los aspectos positivos de la milicia, ha aludido no muy correctamente a Suiza, donde supuestamente existe un tipo ideal de milicia. Todavía no existe una milicia ideal. Por su propia naturaleza, una milicia sólo puede alcanzar su pleno desarrollo en un estado socialista que todavía tiene enemigos.

Existe el libro de Jaurès¹. La parte política del mismo contiene muchas cosas erróneas, pero en lo que respecta a los asuntos militares es profético. Lo que Jaurès defiende es, precisamente, el ejército de tipo miliciano. Pero su idea no tuvo éxito, porque un ejército de tipo miliciano no cuadra con la represión de la mayoría por una minoría. Un ejército de tipo miliciano presupone la formación militar general y el armamento de todo el pueblo, de modo que es la organización militar de una revuelta de las masas populares contra la burguesía. Eso es esencialmente una milicia. Por consiguiente, no se puede plantear la creación de un ejército de tipo miliciano en un estado burgués, sobre todo en uno grande, con fuertes antagonismos de clase. En Suiza, que ha sido durante mucho tiempo un país pequeñoburgués con campesinos medios acomodados y ciudadanos, la milicia era más factible porque el gran capital, por un lado, y el proletariado, por otro, no jugaban un gran papel. Además, en Suiza una parte considerable de los proletarios son extranjeros (entre ellos hay muchos italianos, alemanes y eslavos),

¹ Jean Jaurès, *L'Armée Nouvelle*.

explotados y sin derechos, que no participan en la milicia. El núcleo de la milicia está constituido por la clase pequeñoburguesa. En los últimos años se ha producido en Suiza la misma evolución que en otros países, es decir, las dos clases opuestas se han ido fortaleciendo continuamente, mientras que el elemento intermedio ha ido perdiendo su importancia. En consecuencia, también en Suiza está desapareciendo la base de una milicia y se tiende a acercarse al concepto de ejército regular.

El ponente tenía razón cuando decía que la milicia suiza está bien entrenada, gracias al alto nivel cultural de la población y a la riqueza del país. Los suizos son buenos deportistas, buenos tiradores. Todo esto, en conjunto, proporciona buenos soldados para una guerra de defensa. Pero no se trata tanto del sistema de milicias como de la naturaleza del estado en cuestión. Suiza es un país neutral, y por su propia situación es incapaz de emprender aventuras de conquista. Así pues, la milicia suiza es una milicia pequeñoburguesa, adaptada a la defensa de un país pequeño y neutral. Los países grandes no se han aventurado a copiarla, porque hacerlo significaría un suicidio para la burguesía. Por consiguiente, una milicia en toda regla sólo es factible en un país socialista en el que no existan contradicciones, en el que no haya motivos para temer un conflicto entre una parte de la población y otra. La república soviética no es todavía un país socialista, se encuentra en un estado de transición de las condiciones burguesas a las socialistas. Por eso no se puede hablar de pasar inmediatamente al sistema de milicias. En general, ¿qué significa pasar a la milicia? No está del todo claro. El sistema de milicias es una forma particular de organización militar de millones de personas. No es posible pasar a eso de golpe, como tampoco es posible pasar de golpe al socialismo. Sólo se puede avanzar gradualmente hacia la meta. Por consiguiente, la rapidez o lentitud de la transición debe corresponder a la situación interna o externa.

En este punto, el camarada ponente ha considerado algunas cuestiones que afectan al sistema de milicias. Tomemos el principio territorial.

Este tiene aspectos positivos y negativos, pero hay que examinarlos en relación con las condiciones dadas. Si, en nuestra construcción económica, hubiéramos alcanzado un estado de cosas en el que los obreros y los campesinos estuvieran bien alimentados, los campesinos dispusieran de una cantidad suficiente de clavos, percal, etc., el principio territorial poseería, para nosotros, sólo su aspecto positivo. Así, sabemos que, en los Urales, la fábrica de Sysertsck luchó heroicamente: lo que había allí era un grupo de personas unidas por todas sus experiencias anteriores. Los obreros se conocían, estaban unidos por el trabajo conjunto, y esto les daba un grado de cohesión que no podía ser sustituido por nada que se consiguiera en los cuarteles. Pero si en una localidad determinada hay antagonismo, enemistad, esta cohesión puede volverse contra el gobierno. En los distritos rurales, donde se producen revueltas en las que participa una parte considerable de los campesinos, campesinos que sufren carencias y privaciones, esa cohesión puede volverse contra el sistema militar, y no sólo contra un sistema de milicias, sino contra cualquier otro. Hay que tener todo esto en cuenta. En consecuencia, todo el problema es cómo vamos a hacer la transición, qué garantías son necesarias para asegurar que los aspectos económicos de nuestro periodo de transición no arruinen nuestro trabajo.

En cuanto a la cuestión tocante a que, teniendo en cuenta la situación internacional, no se puede movilizar un ejército de milicias con la rapidez necesaria, se trata de nuevo de una cuestión puramente práctica. Siempre que nos veamos amenazados por el máximo peligro debemos disponer de alguna salvaguardia militar. Es perfectamente cierto que no podemos tener garantías contra todos nuestros enemigos en todas partes, en todos los frentes. Por lo tanto, debemos tener una especie de reserva móvil, que tendrá que ser trasladada de un lugar a otro. Para que eso sea posible necesitamos equipamientos ferroviarios y de transportes. Si éstos son deficientes, eso tendrá su efecto por igual tanto

en las tropas de la milicia y como en las regulares. Todo lo que ha dicho el jefe del estado mayor es absolutamente correcto, pero es bastante obvio que, en el período de transición, tendremos que proceder con la máxima cautela. Estamos rodeados de enemigos por todas partes. Aunque hay muchos hechos que demuestran que nuestros enemigos se están debilitando, pueden, sin embargo, en la hora de su muerte, lanzar un feroz ataque contra nosotros.

El último golpe de una criatura en vías de extinción podría ser mortal para nosotros. Cómo terminará su carrera la burguesía alemana, si intentará caer sobre nosotros con el apoyo francés, es algo que no sabemos. ¿Qué pasará con Polonia? Pronto se firmará la paz con ella. Pero eso no excluye la posibilidad de una guerra en primavera, sobre todo si el movimiento revolucionario se fortalece, ya que esto puede impulsar a Polonia a ir a la guerra para encontrar en la intoxicación nacional los medios para combatir el movimiento revolucionario dentro del país. Para prever estas posibilidades necesitamos disponer de fuerzas importantes en el oeste. Todo el problema radica en la proporción en que vamos a pasar al sistema de milicias. ¿Debemos decir que ahora disolveremos 40 o 50 divisiones, dejando 10 o 20; o, por el contrario, debemos mantener 40 o 50 divisiones y, al mismo tiempo, poner en marcha la creación de cinco o tres divisiones de milicias? Así es como se presenta el problema práctico. Creo que deberíamos empezar por el mínimo, sobre todo para adquirir una experiencia seria. El compañero ponente ha dicho, con razón, que nuestro sistema de formación militar general no puede proporcionar tal experiencia. Sin rodeos, se ha dejado de cumplir mucho. Eso era inevitable. Entonces, ¿empezamos por crear tres o cinco divisiones? Creo que sería más correcto empezar con tres: en Petrogrado, en Moscú y en los Urales. Para lograr este resultado, necesitamos formarlas con buen material. Deben basarse en cuadros de campo bien probados. Deben reforzarse con reclutas de las otras divisiones, que se están disolviendo. Hay que organizar en ellas buenas células comunistas. Deben estar dotadas de buenos comandantes, y los rangos inferiores deben proceder de los obreros avanzados locales.

Luego, sobre su armamento. Es una cuestión muy compleja. En el período de transición, cuando la guerra civil no ha terminado, cuando la revuelta contra nosotros se está preparando metódicamente con la ayuda de Francia, que actúa a través de la agencia de Savinkov² (poseemos todos estos datos, proporcionados por nuestro servicio de inteligencia), ¿podemos poner armas en manos de toda la población? Es evidente que no. En consecuencia, habrá que estudiar esta cuestión. ¿Qué correlación debe existir entre los cuadros, los elementos avanzados comunistas y los campesinos? ¿Cómo atraer a estos últimos y cómo educarlos? Debemos tomar como base tres zonas, las más favorables, con el mayor porcentaje de trabajadores. Si los Urales murieran de hambre y los obreros también, el experimento de la milicia se vendría abajo. Si nuestra comisión plenipotenciaria puede mejorar la situación alimentaria entre los obreros, eso será una ayuda tremenda para el sistema de milicias. Por consiguiente, no se puede decir en abstracto qué sistema es mejor, ni resolver esta cuestión como si fuera un problema de matemáticas. Es necesario resolverlo como una tarea política, social, de acuerdo con las circunstancias imperantes. Si resulta que, por razones económicas, en 1921 no podemos

² B.V. Savinkov dirigió el “Comité Político Ruso” en Varsovia, que colaboró con Pilsudski durante la guerra ruso-polaca de 1920. En 1921 trabajó con Bulak-Balajovich, enviando bandas de saboteadores a la Bielorrusia soviética. Su novela *El caballo negro* (traducción inglesa, 1924) se basa en sus experiencias en este periodo. Sobre sus últimos años, véase el epílogo de Joseph Shaplen a su traducción de las *Memorias de un terrorista* de Savinkov (Nueva York, 1931). Churchill incluyó a Savinkov en el conjunto de 21 biografías breves que publicó en 1937 bajo el título *Grandes Contemporáneos*; el único otro ruso incluido fue León Trotsky, alias Bronstein.

dedicar nuestra atención a los Urales, la creación de una división de los Urales tendrá que aplazarse hasta el próximo año. Así es como, en mi opinión, hay que enfocar esta cuestión.

¿Cuándo podrá establecerse definitivamente el sistema de milicias? Eso depende de un gran número de factores. Del ritmo del desarrollo revolucionario en Europa occidental y del desarrollo económico aquí en Rusia. Creo que, si el desarrollo revolucionario avanza más rápidamente en 1921, 1922 y 1923 de lo que lo ha hecho hasta ahora (de hecho, avanza, aunque más lentamente de lo que contábamos: las masas en Europa son más cultas y dan cada paso con gran prudencia y seguridad) daremos un gran salto adelante económicamente. Cesarán las revueltas campesinas y mejorará la situación alimentaria. En esas condiciones, la transición al sistema de milicias será natural e inevitable, y en vez de tres divisiones podremos formar veinte. Si el orden socialista se establece en todas partes, no tendremos necesidad de milicia. Pero no es posible suponer que Europa, Asia y América pasarán a un régimen soviético estable en el curso de tres a cinco años. Está Japón, está China, y nos sigue siendo desconocido cómo se desarrollarán, si el capital emigrará a esos países desde los que se pasen al régimen soviético, si el desarrollo capitalista comenzará allí, si servirán como lugares de refugio para el imperialismo. Por lo tanto, el peligro para nosotros puede continuar durante una década, o incluso durante dos o tres décadas. Si alcanzamos el nivel de desarrollo económico en el que se encontraba Rusia antes de la guerra, entonces, con el nuevo régimen socialista, esto asegurará un alto grado de prosperidad para las masas. Incluso si la mejora sólo se produce con la misma intensidad (muy leve) que antes de 1914, entonces, con el nuevo orden de cosas, eso proporcionará una muy buena base para una milicia. Esto lo podemos conseguir en el transcurso de tres, cuatro o cinco años. Mientras tanto, puede que siga habiendo guerras en Europa, que continúen existiendo poderosos estados burgueses, y necesitaremos poseer fuerzas armadas.

Por eso, la cuestión de la milicia debe valorarse en esta perspectiva histórica y no decidiéndola simplemente como un problema matemático. Insisto en que debemos llevar a cabo tal experimento. Tres divisiones también es un gran experimento. Pero al mismo tiempo debemos conservar por completo la forma de organización anterior y su fuerte organismo. Por ejemplo, supongamos que decidimos mantener 40 o 50 divisiones. Damos de baja en ellas a todos los grupos de edad sujetos a desmovilización. Llevamos la cuenta de todos los comunistas que deben permanecer en el ejército, de los comandantes, etc. No debemos rebajar la calidad combativa de estas divisiones, sino elevarla. Lo peor sería que las unidades del ejército permanente no se sintieran muy seguras de ser necesarias.

Así pues, la milicia será un experimento grande y serio. En los próximos meses quedará un número determinado de divisiones para defender el país. Estas divisiones deben ser reforzadas y mejoradas. Cada hombre del Ejército Rojo debe ser sometido aproximadamente al mismo curso de formación que nuestros comandantes rojos recibieron al principio: hay que aumentar su interés por los asuntos militares, hay que atraerlo a la esfera de los intereses militares. Lo hemos introducido en las conferencias políticas, pero no en las militares. Y, sin embargo, esas conferencias también son útiles. La experiencia que los hombres del Ejército Rojo y sus comandantes tienen en materia de armamento adecuado, abastecimiento, organización, etc., debe ser llevada a las conferencias, resumida, deducidas sus conclusiones, para que pueda ser aplicada en la práctica. Debemos crear una situación en la que cada hombre consciente del Ejército Rojo se convierta en un constructor consciente del Ejército Rojo. Sólo así podremos sobrevivir a este período de transición. Por lo tanto, debemos decir claramente que vamos a llevar a cabo nuestro experimento. Nuestras posiciones de principio permanecen totalmente invariables. Durante los próximos seis meses y el próximo año limitaremos nuestra tarea

a la creación de tres o cinco divisiones, pero realizaremos este experimento de manera ejemplar en lo que se refiere a cuadros, armamentos y otros factores.

Y puesto que entendemos por milicia un ejército regular (una milicia es un ejército regular construido sobre ciertos principios territoriales, y estrechamente vinculado al trabajo), es evidente que no podemos tener dos aparatos, uno de los cuales sirva para mantener el ejército regular mientras que el otro se adapte a la creación de un nuevo ejército. Construir así, con dos pisos, está fuera de nuestro alcance. También es obvio que nuestro sistema de formación militar general no puede servir como aparato para crear este ejército. Debe seguir siendo el aparato de preparación previa a la llamada a filas, en conexión aún más estrecha que antes con las organizaciones locales. Las divisiones de milicias deben ser construidas, sin duda, por el mismo aparato que se ocupará de ellas posteriormente, cuando pasen a la fase de guerra. Se tratará de un estado mayor unificado, en el que fusionaremos el Estado Mayor de toda Rusia y el Estado Mayor de Campaña, que en caso de una gran guerra pueden separarse fácilmente³. Este me parece que es, a grandes rasgos, el esquema de organización para el período inmediatamente venidero. Y así, en los Urales debemos formar al menos una división de milicias. Creo que sería bueno que los camaradas de los Urales se ocuparan de este asunto, formando una comisión integrada, tal vez, por los presentes en esta reunión. Abordando la cuestión de manera práctica llegaremos más pronto a una solución práctica.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

³ La configuración definitiva de los órganos supremos de mando militar en la república tuvo lugar a finales de 1918, cuando, tras el establecimiento del Consejo de Guerra Revolucionario de la República, existieron el Estado Mayor de Campaña, que servía como órgano operativo que proporcionaba orientación directa para las operaciones militares, y el Estado Mayor de toda Rusia, que servía a toda la retaguardia del Ejército Rojo y unía bajo su control todos los distritos militares de la república. Este sistema de organización del aparato supremo de administración del ejército se mantuvo hasta el final de la guerra civil, y sólo en diciembre de 1920 llegó el momento de considerar la unificación, reducción y simplificación del aparato administrativo del ejército. Por la Orden número 33641, de 10 de febrero de 1921, del Consejo de Guerra Revolucionaria de la República, se fusionaron los dos estados mayores, reorganizándose en un solo “Estado Mayor General del Ejército Rojo Obrero y Campesino”.